

## PEQUEÑAS COSAS

Lo conocí en la escuela. Nos prestamos la infancia,  
el banco, los recreos, el sol del mediodía,  
los vuelos del regreso a su casa, a la mía  
y compartimos tardes de olímpica vagancia.

Jugar durante horas, aun cuando llovía,  
mirarnos con un gesto de estudiada arrogancia,  
lanzarnos mil abrojos con cruel beligerancia  
y pedazos de tierra hasta que anochecía.

Tirarnos en el suelo y sentir la fragancia  
de la menta aplastada... Y ahora, a la distancia,  
me pregunto por qué no guardé de algún día  
un puñado de abrojos de los tantos que había,  
o un trébol, o un cascote con marcas de alegría.

Era mi amigo. El resto, no tenía importancia.

© Carlos Marianidis

(Argentina)